

LA PLAZA DEL MAESTRO Y EL GRAN «OCHIO» DE HONOR

Por Genaro Navarro

A este novel cronista, le toca anotar algunas manifestaciones del merecido homenaje tributado al maestro don Alfredo. Y ello es, Inés, que la vieja y noble ciudad de Ubeda, ha grabado en una de sus plazas este rótulo: Plaza del cronista Cazabán. El callejero ubetense ha transmutado el Claro alto de San Isidoro, por el patronímico del adoc-trinador insigne. ¿No había valido más trazar un guión entre lo ido y lo presente y esculpir en la cartela, tal leyenda: Claro alto de Cazabán?

El hispalense arzobispo, desde la eminencia de su sabiduría, hubiera confirmado este ensamblaje. ¡Claro alto de Cazabán!... Esta sonoridad trasciende a prosodia de órgano, con sus oes expansivas y la gravedad de las aes llanas. Ya, para siempre, el Claro alto de Cazabán rezuma romanticismo y se hunde en las entrañas de lo pretérito. Y en las horas en que las almas, tránsitas de deliquios —Teresa de Cepeda, Juan de la Cruz— y los corazones palpitan de ideal —¡oh, poetas!— estos refugios de las quietas ciudades, son una satisfacción a nuestras nostalgias y en ellos podemos gustar el encanto de las evocaciones. Y ya podemos repasar tranquilos el libro de los recuerdos, reanudando la lectura, otra vez, por el primer capítulo. El prólogo ya lo habéis vivido. Solamente breves interrupciones, impuestas por los mandatos de la vida en sus diarios afanes. Hay un silencio denso. Ahora, por la plaza, corren unos niños y tiembla el cristal del aire con la frescura de sus voces. ¿Es el pequeño Cazabán unos de ellos? ¿Acaso aquél de frente ancha y ojos penetrativos?... Vuelve otra vez el silencio. Y la portada de la vieja iglesia que

preside la plaza, la vemos estofada de oro por el grafío de los siglos... Se oyen campanas; se deshilachan sus vibraciones. La colmena laboriosa de la ciudad que rodea los ámbitos de la plazuela, sigue laborando por sus afanes de todos los días. Torna de nuevo el silencio maravilloso...

En este instante, un lucido cortejo avanza por la plaza. En él forman un ministro de la corte, autoridades de la provincia, nobles señores, hidalgos de prestancia, pueblo ávido... y las bellas mujeres de Ubeda, que todo lo ennoblecen con su presencia. En los balcones próximos, se arraciman las cabecitas curiosas, cuyos ojos de misterio contemplan la lucida comitiva. En ella, junto a tantas personalidades ilustres, se destacan las figuras atrayentes de la señora marquesa de la Rambla y de sus familiares, de la esposa y las hijas del cronista agasajado.

Bajo la gloria de un sol triunfante, vuelve a hacerse el silencio. La multitud escucha, entonces, la voz del querido amigo don José María Orozco que, desde un balcón propicio, envía al ilustre senado unas palabras sencillas y cordiales, justas y expresivas, al ponerse al descubierto la lápida que aupa al alto oriente, proclamando este nombre: Plaza del Cronista Cazabán.

La voz del viejo amigo, compañero de andanzas infantiles de don Alfredo, dice de la significación del acto y canta las excelencias del afortunado luchador. Son sus palabras, una síntesis admirable de la devoción que la obra del noble camarada le inspiró siempre. Palabras que ofrecen al emocionado concurso, como si fueran puñados de sinceridad, lanzados sobre los corazones de los oyentes, para grabar en ellos la grandeza de la obra, por cuya exaltación se ha labrado la piedra descubierta en esta mañana. Y el maestro, puede ostentar esta noble ejecutoria: Alfredo Cazabán, hijo de Ubeda.

Nos encontramos en el interior de una gran casa solariega. Estamos en el palacio de la Excm. señora Marquesa de la Rambla. Invaden los aposentos diversidad de gentes. La noble dama, ha dispuesto un gran ochío, en honor de don Alfredo. Era obligada esta ofrenda de las tortas, sazonadas con levadura de mil generaciones y por las que se consagra el trigo prieto del agro ubetense. Mas los tiempos son presentes. Sabe la dama que la vida es inconsútil. Y sabe que vivir en alto tono, es ser, a

la par, lo que fue y lo que es. De esta manera ha ordenado en torno al gran «Ochío de Honor», una suculenta colación de golosinas típicamente caseras, de suaves licores, de elixires perfumados, de mostos encalabrinnantes. Todo dispuesto en el suntuoso comedor señorial, colgado de rojos terciopelos, alumbrado con velas que lucen en lámparas y candelabros antiguos; servidos los dulces y los mostos en vasijas de la cerámica popular ubetense, de la calle de Valencia, con inscripciones y lecturas alusivas al «Día de Cazabán».

El gran ejemplar del «Ochío de Honor», preside, desde lugar preferente del refectorio, sostenido por un alto castillete de dulces y otras confituras, siendo regalo de la vista y tentación de paladares golosos.

Por las amplias estancias, en galerías y cuadras lujosas, rebosan los invitados. Pasan de mil. Se refleja en los continentes, en lo vivaz de los ojos, el placer de una gran fiesta de hermandad.

La servidumbre, ataviada con los trajes típicos de la indumentaria popular ubetense, provée de continuo el buen abastecimiento. Se oye lejana una música deliciosa, que sabe hermanar en su repertorio las lindas tonadas de la tierra jaenera con los exóticos compases de los bailarles de moda.

Al mismo tiempo, brotan de las conversaciones alabanzas por el fino y suntuoso agasajo. Se admira el tesoro de joyas, de cuadros, de muebles y tapices. Se loa el aristocraticismo de la mansión.

La señora marquesa, gentilmente, ofrece a Cazabán, en bandeja de esparto, tejido a la manera peculiar de las esparterías ubedeñas, un ochío simbólico, salado y coloradete.

Luego se oye la voz del joven abogado don José Siles Olivera, que desgrana los versos de unas quintillas oportunísimas, debidas a la lozana inspiración, donairosa siempre, del prestigioso comandante don Antonio Vargas, que juntamente con el lector de sus lindos versos, escucha los aplausos más sinceros de todos los allí reunidos. La poesía se titula «El Ochío».

La marquesa de la Rambla y sus hijos los marqueses de San Juan de Buenavista, atienden con solícitos cuidados a sus huéspedes de unas horas. La excelsa dama, para todos tiene un cumplido elogio, una pala-

bra discreta, una sonrisa melíflua. Su porte, señorialmente castellano, unido a su gracejo de castiza malagueña, se mueve con la finura de la más cabal cortesanía. Será eternamente joven la marquesa de la Rambla. Se ha desposado con el arte. El arte no conoce ni gélidos cierzos, ni huracanes caliginosos. Florece siempre en un perpetuo abril.

...Marquesa de la Rambla: Yo os hago tres reverencias, no al estilo de la Francia galante, sino al modo de la prestancia castellana.

...Maestro Cazabán: Dadme vuestras manos, para que las estelle junto a mi corazón.